cabe denominar «modelo de producción» —es decir, el discurso teórico y programático, enunciado de principios a cuyo patrón responde el temprano «De la naturaleza y carácter de la novela»— y «modelo de recepción» el discurso crítico valorativo de obras ajenas desde los parámetros asentados en la crítica teórica, tales los análisis de Morrila (1886-87), verdadera pieza central del mosaico teórico y crítico elaborado por la pluma de Valera a lo largo de esta media centuria, ambos modelos de discurso concurren a trazar la permanentes señas de identidad de la atalaya estética desde la que su autor se erigió en atento observador de la novela contemporánea: tarea a cuyo esclarecimento responde esta meditada selección de textos, especialmente a la luz del importante estudio preliminar que la abre, donde, bajo este rótulo, se dibuja con rigor y profundo conocimiento el lugar de Juan Valera creador, teórico y crítico en las sucesivas inflexiones que jaloner el complejo itinerario de la novela y la crítica españolas en el marco histórico dominado por la poética del realismo.

Itinerario e inflexiones a cuyo impecable trazado en sus sucesivas fases dedica el profesor Adolfo Sotelo la parte fundamental de su extenso prólogo, y donde la singular independencia estética de este conspícuo defensor de lo que el profesor Montesinos acuñó como «novela en libertad» se aguillata al compás del permanente diálogo que su obra crítica y de creación entabla con todas ellas, asentado en el continuo tejido y destejido de los presupuestos fundamentales con que ya al inicio de la década de los 60 había mostrado su abierta discordancia con los principios del realismo emergente. Desde ellos, declinará el abierto compromiso histórico con la realidad contemporánea que moldea la novela tendenciosa de los años 70, y asistirá a la progresiva asimilación y maduración en España de las doctrinas y las prácticas del naturalismo de Zola, de las que levantará acta minuciosa —a través de su pertinaz y sesgada identificación con lo que califica desdéniosamente de «moderno realismo» de importación, grosero y pretencioso en sus afanes— a lo largo de sus Apuntes sobre el nuevo arte de asunción de la imperfecta realidad como materia y fuente de inspiración primera de la novela, y, en consecuencia, a toda voluntad de compromiso histórico, ético o sociológico de ésta con aquélla, dan medida cuenta de la continuidad de principios desde la que se asomará a la encrucijada de caminos narrativos que impone la crisis de la poética naturalista, así como a la emergencia de lo que él mismo calificará de «novela terapéutica» finisecular.

Vaivenes y modulaciones de la historia estética y literaria a cuyo complejo trenzado, en la pauta de una constante —e imprescindible— dialéctica entre novela y crítica, contribuye activamente don Juan Valera desde su particular mirador, y que el presente volumen viene a iluminar con rigor y precisión a través del largo itinerario trazado por su pluma y su pupila.

Marta Cristina Carbonell
Universidad de Barcelona


Se reedita modernamente la traducción de una novela de indudable interés, que aglutinó a finales del siglo XVIII los intereses morales de cierto sector de la población al proponer un nuevo modelo de relación entre hombres y mujeres. En una época en la que la noción de originalidad no tenía el relieve que conoció después, publicar una novela (u otra obra literaria) mediante la fórmula de la adaptación o la traducción, sin dar a conocer el nombre del autor del original, no suponía un robo literario o un plagio. En este sentido, como señala Alvarez Barrientos, tiene más interés comprobar que era el modo de apropiarse de una nueva fórmula literaria y presentarla al público, dando paso a las novedades europeas del momento, tanto desde la perspectiva del género como desde la ideológica.

Alvarez Barrientos ha llevado a cabo una doble labor de desenmascaramiento. Por un lado, ha resuelto el problema de la autoría de la novela, al localizar su original francés. Ha descubierto que La filosofía por amor no es una versión libre de la Nouvelle Heloise de Rousseau sino traducción de La philosophe par amor, novela publicada en París en 1765 por un desconocido abogado llamado Gatrey. Tójar habría traducido esta novela, en la línea de mostrar al público una literatura nueva, que le supuso numerosos conflictos con la Inquisición.

Por otro lado, el editor aporta numerosas noticias sobre el casi desconocido Francisco de Tójar, que resulta haber estado casado con la hermana del poeta Iglesias de la Casa y en relación con el grupo ilustrado de Salamanca. Entre sus amistades figuran personalidades de la talla de Toribio Núñez, Gallardo, José Somoza y otros. Y entre sus actividades como editor e impresor sobresaldría su labor al frente del Semanario erudito y curioso de Salamanca, además de la publicación de numerosas comedias,
traducciones de Gallardo y de otras novelas, todas de corte progresista y crítico que, como se ha señalado, le valieron varias escaramuzas con el Santo Tribunal. Este capítulo de la introducción, dedicado a dibujar el perfil biográfico del traductor, es de especial interés y muestra las dificultades con que se enfrenta el investigador cuando trabaja sobre un personaje gris y desconocido. Desde otra perspectiva, el apartado que analiza la novela sirve al lector para tener una idea del lugar que en el panorama narrativo ocupa la filosofía y para valorar en su justa medida las aportaciones del traductor, en tanto que mediador cultural, al dar a conocer esa obra a los lectores. A la vista de la labor editorial de Tójar, Alvarez Barrientos opina que tras su actuación como impresor hay una idea organizadora, una política cultural de marcado signo renovador que convertiría al impresor en un intermediario cultural; alguien peligroso, como indica Alcalá Galiano al detenerse brevísimamente sobre él en el citado Libraria española del siglo XIX.

Con esta novela, el conocimiento del siglo XVIII se amplía y, en la tónica de los últimos años —en particular las ediciones realizadas por Carnero de Montengón, Martínez Colomer y Zavala—, contamos ya con otro texto novelesco al que, sin duda, habrá que añadir nuevas muestras a no tardar mucho. Obras que ilustrarán el panorama sobre la novela en el siglo XVIII español nos ofreció el autor hace ya algunos años (La novela del siglo XVIII, Madrid, Júcar, 1991).

_Ricardo de la Fuente Ballesteros_

Una inmersión lingüística en la novela galdosiana. (Rafael Rodríguez Marín, La lengua como elemento caracterizador en las «Novelas españolas contemporáneas» de Galdós, pról. de Manuel Seco, Universidad de Valladolid, 1996, 212 págs.)

Acaba de aparecer La lengua como elemento caracterizador en las «Novelas españolas contemporáneas» de Galdós, de Rafael Rodríguez Marín, obra que termina con la ausencia de estudios completos sobre las manifestaciones verbales de la novela de la Restauración y que explica cómo se singulariza a los personajes literarios a través del lenguaje coloquial que emplean. Se centra en cuantas características de la denominada variación diatópica se hallan en las novelas galdosianas —fundamentalmente andalucismos, aunque con referencias a los catalanis-

mos y canarismos—, así como de la diastrática —en la que se establecen las peculiaridades de los distintos registros configurados según el empleo de extranjismos, lugares comunes y tópicos, pronunciaciones incorrectas, etc.— y de la diafásica —con todos los rasgos del coloquio, como la onomatopeya, la entonación y la sujición expresivas, la interrogación retórica o la oración sincopada y suspendida—. Por último, se analiza la lengua de determinados personajes (Fortunata, Torquemada...) y se comprobaba, de este modo, cómo los cambios de ubicación en la escala social o el intento de conseguirlo, se vinculaban siempre con la transformación del idiólecto lingüístico del afectado, o cómo la lengua culta o hiperculta se convierte en arma arrojadiza para aniquilar, por asombro o desbordamiento, al interlocutor.

Por primera vez encontramos la lengua de los personajes galdosianos, así como la de su creador, totalmente papeletizada en un corpus novelístico suficientemente amplio como para conferir al estudio un carácter de solvencia indubitble y para no elevar a la categoría de estilo literario lo que no pasa de ser anécdota o detalles ocasionales de una obra o de un breve período de la vida creativa del novelista. Que, desafiando a los temibles fantasmas del infortunio, Rafael Rodríguez Marín haya decidido acometer el estudio de trece novelas, sin duda todas ellas sumamente representativas de Galdós —por lo que también se puede aplaudir su elección—, asegura que los resultados obtenidos y las conclusiones extraídas se impregnen de las más ineludibles dosis de convicción inmediata y de obligado rigor. Así, no se trata de un estudio interpretativo basado en algunas documentaciones y teorizado con perspicacia, sino que procede de un minucioso análisis, como deja traslucir la inserción de unas mil quinientas notas que aclaran, explican o definen voces que, por albergar determinadas características diatópicas, diastráticas o diafásicas, se apartan de la más elemental norma estándar. Reunir esa ingente base de datos, suponemos que con paciencia de relojero, constituye la primera papeletización conocida de un abultado cúmulo de obras galdosianas y, con un punto de partida tan sólido, dado que no permite tal documentación casi exhaustiva que juge sus bazas la subjetividad, se facilita el examen del trasvase entre la lengua y la literatura, es decir, deja advertir cómo los fenómenos lingüísticos distinguen la personalidad individualizada de cada personaje literario.

Si el Realismo se propone revestir los diálogos con las particularidades de la cotidianeidad, aunque sin pretender mostrar un escrupuloso trasunto de la realidad de la lengua del coloquio